

AMOR ES: SERVICIO Juan 13: 1-5

Oyendo un joven campesino Inglés que el doctor Morrison, misionero en la China, pedía un ayudante, vino a ofrecer sus servicios a un miembro del comité misionero, quien quedó asombrado de ver a un joven falto de instrucción, y cubierto con malos vestidos aspirar a ser el auxiliar del traductor de la Biblia al idioma Chino.

Por otra parte había en este ofrecimiento tanta sencillez, buena fe y resolución, que no se sintió libre para despedirle y acabó por decirle: -Amigo, ni yo ni mis compañeros podemos consentir en enviar a usted a China como misionero, pues para esto se necesita instrucción y dotes especiales que usted no tiene; pero si no le repugna ir allí como criado del señor Morrison gustoso le proporcionamos los medios de acompañarle.

-Señor, contestó humildemente el joven, lo que deseo es servir al Señor en China, sea como misionero, sea como criado. Seré, lo que usted disponga que sea, para servicio de mi adorable salvador.

Dios bendijo su humildad, y ratificó su decisión de tal manera, que el joven campesino, pobre e ignorante, llegó a ser más tarde el célebre Doctor Milne; uno de los misioneros más distinguidos de la iglesia contemporánea.

Dios ensalza a los humildes (Prov. 29:23 / Lc. 14:11; 18:14).

Nuestro relato Bíblico de hoy llamado “el lavamiento de los pies” usualmente se predica en Semana Santa ya que el evento que aquí se describe ocurrió en lo que conocemos como *Jueves Santo*, es decir, el día anterior a la Crucifixión de nuestro Señor Jesucristo. El lavamiento de los pies ocurre mientras están compartiendo lo que conocemos como la Santa Cena del Señor cuando se está celebrando la Pascua de los judíos.

Sin embargo, aunque regularmente se predica este evento en Semana Santa, el tema que toca este pasaje es un tema de todos los días porque debe ser la característica que marca la vida de todo creyente en Cristo; esto es, EL SERVICIO. Y esto a ejemplo de el mismo Señor quien dijo: “*Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*” (Mt. 20:28 / Mc. 10:45). Si somos imitadores de Cristo quiere decir que imitamos su amor, su entrega, su santidad y, por supuesto, su disponibilidad para servir. Dice el Señor Jesús que todo el mundo sabrá que somos discípulos de Él si nos amamos los unos a los otros (Jn. 13:35). La semana pasada vimos que una de las

formas en que expresamos amor es cuando mostramos misericordia ante los demás. Hoy veremos que otra forma de mostrar amor es mediante el servicio y este pasaje Bíblico ilustra bastante bien la relación entre amor y servicio.

“Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (v.1).

Como apunté, el relato Bíblico se desarrolla durante el Jueves Santo en la celebración de la última Pascua de nuestro Señor en la tierra, antes de partir a la presencia del Padre. Como sabemos, la Pascua recordaba la liberación del pueblo judío de la esclavitud de Egipto por 400 años. En ese momento, Él sabía ya perfectamente que había llegado la hora de partir con el Padre y no le quedaba mucho tiempo para dejar las últimas instrucciones, las más importantes a sus discípulos. Como dije, en ese momento están en lo que conocemos como la Santa Cena. Los cuatro Evangelistas (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) dan cuenta de la Santa Cena, pero solamente Juan registra lo del lavado de los pies. Juan enfoca en un área muy importante en el desarrollo de la vida cristiana: el servicio.

En nuestro pasaje, el Señor Jesús comienza hablando, no de su preocupación por la muerte que le esperaba y que ya sabía que venía, sino que está hablando del inmenso amor que tiene por sus discípulos; amor que se mantuvo hasta el fin; amor que nadie puede romper, que nada ni nadie puede acabar (Ro. 8:35-39)¹. Esto nos enseña que el amor es permanente, no disminuye ni se acaba, si acaso es verdadero amor. La palabra que usa Juan aquí para decir amor es “*agapáo*”, que es la clase de amor que se da aunque no se pida, aunque no se lo “merezca” la otra persona; no crece por buenas acciones ni baja por malas acciones; simplemente se da sin medida; es el amor completo, perfecto. Así es el amor de Dios por sus hijos y así es el amor que está en nosotros y que Él espera que mostremos a los demás. Dios dijo: “...*Con amor eterno te he*

¹ “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:35-39).

amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3). El amor de Dios es permanente. Y aquí está la primera enseñanza que debemos aprender y el primer ejemplo que debemos de imitar como seguidores de Cristo: el amor es permanente, no disminuye ni se acaba, si acaso es verdadero amor.

“Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase” (v.2).

Después de esta cena y del lavamiento de los pies, el Señor sería traicionado y entregado por Judas y comenzaría su camino hacia la muerte en la Cruz. El diablo es el maestro del odio y lo hace con una astucia tan grande que puede engañar aún a los discípulos del Señor cuando estos no tienen sus bases de fe firmes en Cristo. Judas jamás pensó que su traición llegara hasta la muerte de su Maestro, la prueba está en que luego le dio remordimiento y terminó suicidándose por lo que hizo (Mt. 27:3-5). Pero eso es lo que pasa cuando damos oído al odio de satanás; odio que muchas veces disfraza de espiritualidad, pero odio finalmente. Podemos hacer daño sin medir las consecuencias del daño, sin esperar o querer que llegara tan lejos. El odio divide, mata, separa; el amor construye, crece y fortalece. El odio es muerte, el amor es vida.

Pero aunque el Señor tenía delante de Él al traidor quien sería el que prácticamente lo llevaría hasta la Cruz, el Señor no se iba a detener por eso para demostrar su amor a los demás. Es más, la misma muerte en la Cruz resultaría en el mayor acto de amor del Señor por el mundo (Mt. 10:21 / Jn. 3:16). En otras palabras, el Señor no se iba a reprimir las ganas de mostrar su amor a los demás por la culpa de uno. Esto también es una gran enseñanza para nosotros. No debemos impedirnos amar porque hayamos sido lastimados por otros. Debemos amar sin miedo.

“sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido” (vv.3-5).

Juan deja bien clara la absoluta autoridad y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Todas las cosas le han sido dadas, es decir, Él es el Dueño y Señor de todo, el Jefe de jefes; Él es quien viene del Padre, es decir, viene del cielo, aunque haya nacido en forma humana en la tierra. Su existencia es eterna al lado de su Padre (Jn. 1:1); y Él sabe que la

misión para lo cual o mandó su Padre está por cumplirse y entonces volverá a Él.

Todo esto es muy importante para Juan enfatizarlo para describir y darle mucha grandeza a la escena que viene a continuación. Resulta que mientras estaban cenando, el Unigénito de Dios, el Señor de todas las cosas, el Rey de reyes y Señor de señores, el que dice y se hace, el Creador del universo, es el que se estaba levantando de la mesa para humillarse sirviendo como un simple, sencillo y humilde esclavo (*Flp. 2:7*), haciendo la labor más baja de un criado: lavarles los pies. Eso es lo que hacía un esclavo cuando su amo volvía a casa o cuando recibían alguna visita importante. ¿Se puede imaginar la condición de los pies de aquellos que habían viajado y que llegaban a casa?, ciertamente sus pies estaban sucios, maltratados y hasta malolientes. Por cierto, Juan el Bautista, para mostrar la superioridad que el Señor Jesús tenía sobre él, ni siquiera se sentía digno de desatarle las sandalias para lavarle los pies (*Jn. 1:27*). Es decir, ni siquiera se sentía digno merecedor de tener el privilegio de servirle al Señor en la posición más baja, como le pasó al Dr. Milne de nuestra historia al principio. Desatarle las correas al Señor Jesús era un gran privilegio que él no merecía. Hoy en día muchos buscan las posiciones más notorias porque quieren ser vistos como los fariseos, buscan el liderazgo que solamente da órdenes. Ser esclavo de Jesucristo es un gran privilegio que nadie merece, pero que a todos los suyos les da. Aquí nos queda bien claro que las posiciones más “bajas” en el ministerio, las que menos se ven, las más humildes y sencillas, son de gran valor para el Señor.

Algo más que podemos notar es que el Señor se quitó de encima todo aquello que le hubiera impedido lavarles los pies, es decir, se quitó de encima todo aquello que le hubiese impedido servir. En el acto de servir no existen las excusas para no hacerlo; más bien, debemos quitarnos de encima todo aquello que nos impida hacerlo si de verdad queremos ser imitadores del Señor Jesucristo.

Finalmente, fíjese en algo que no hizo el Señor: No se esperó a terminar de cenar y después hacer la sobremesa para luego hacer un acto de servicio. No dijo: *“que se esperen a que termine de cenar si de verdad quieren que haga algo para ellos, si de verdad tienen interés”*. A veces tenemos que sacrificar aun nuestros tiempos de desayuno, comida o cena, o alguna otra actividad para atender a quien nos necesita. Lo que para

usted puede ser una trivialidad, una cosa sin importancia, para ellos puede ser como si se les cayera el mundo encima.

Otra cosa que debemos tomar en cuenta es que el Señor le está lavando los pies también al traidor Judas; mientras el Señor le sirve con amor, Judas está pensando en traicionarlo entregándole a quienes querían acabar con Él. El Señor ya lo sabía y ni aun así hizo diferencia con Judas. ¡Qué tremenda enseñanza! Debemos amar aún a aquellos que nos hacen daño. Pero ojo, esto no significa que tenemos que estar con ellos si seguimos corriendo el riesgo del maltrato. Amarlos significa que no les guardamos rencor, es decir, que no deseamos nada malo para ellos, al contrario, deseamos lo mejor, es más, hasta oramos por ellos; y significa que si en algún momento nos necesitan y podemos ayudar estaremos allí.

Conclusión.

Podría decir más cosas acerca del servicio. Podría decir, por ejemplo, que a veces no entiende la gente lo que estamos haciendo por ellos, así como Pedro no lo entendió al principio (vv.6-11). Pero el que no lo entiendan y peor, que no lo agradezcan, no significa que debemos dejar de hacerlo. No todos entienden nuestras muestras de amor, pero aun así, a todos hay que darlo. De hecho, esa es la instrucción que el Señor nos deja a nosotros después del evento del lavamiento de los pies y de la Santa Cena. Él dijo: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (Jn. 13:34-35).

Hubo un tiempo cuando los discípulos discutían acerca de quién sería el más grande entre ellos, el jefe, el más importante. El Señor les dijo que esa era la manera de pensar del mundo, pero que entre ellos, es decir, entre nosotros los cristianos, debe ser diferente. Él dijo: *“...el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mt. 20:26-28). Para el Señor la grandeza y la autoridad se miden en términos del servicio. Entre más sirves más grande eres para Él; entre más autoridad tengas, mayor debe ser el ejemplo de servicio.

Alguien dijo: *“quien no vive para servir, no sirve para vivir”* y creo que tiene toda la razón y mucho más si se trata de un creyente en Cristo. Creo

que el sentido de esta frase y el resumen de toda esta enseñanza está cuando el Señor Jesús concluye esta historia diciendo lo siguiente: *“¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”* (vv.12-15).

Así que el llamado de Dios para nosotros es a amar a todos mostrando misericordia, como vimos la semana pasada y sirviendo a todos sin hacer diferencias, aunque no nos entiendan o agradezcan. Hoy el Señor nos enseña que no es posible amar sin servir a los demás. Servir se traduce en visitar al enfermo, en ayudarlo en los quehaceres de su casa, llevarle a donde necesite si no puede moverse, en cocinarle, acompañarle, etc. En la iglesia, servir se traduce en recoger la basura, limpiar el templo, trabajar los dones y talentos que el Señor le ha dado, ayudar en las actividades. Recuerde, quien no vive para vivir, no sirve para vivir y recuerde que nuestro llamado es siempre a servir para mostrar el amor de Dios a los demás.

No se pierda ni una sola oportunidad para mostrar el amor de Dios que está en usted sirviendo a los demás, sirviendo a su prójimo. Amén...
Vamos a orar...